

ligero estremecimiento de las olas, que me anunciaba que el bergantin seguía navegando. Pronto oí los sonoros eslabones de la cadena del ancla desarrollarse pesadamente del cabestante; luego sentí que aquel golpe seco que hace vibrar todo el buque cuando el ancla ha rodado hasta el fondo sólido y muerde en fin, la arena ó las yerbas marinas. Levantéme y abrí mi estrecha ventana; ya habíamos llegado: estábamos en la rada delante de Berut. Veía algunas luces diseminadas en una playa distante; oía los ladridos de los perros en la costa, que fué el primer ruido que me llegó de la tierra de Asia; verdaderamente me regocijó el corazón. Eran las doce de la noche: dí gracias à Dios y me dormí dulce y profundamente: nadie sino yo se había despertado debajo de cubierta.

6 de Septiembre, 1832, á las nueve de la mañana.

Estábamos delante de Berut, una de las ciudades mas pobladas de la costa de Siria, llamada antiguamente Berite, hecha colonia romana bajo Augusto, que le dió el nombre de *Felix Julia*: atravesados; poco á poco creemos reconocer á algunos pueblecillos en las faldas de las colinas, y grandes monasterios que coronan, como góticos castillos, las cimas de los montes intermedios. Ca-

declive hácia el mar; algunos brazos de tierra ó de peñascos avanzan dentro de las olas, sustentando fortificaciones turcas del efecto mas pintoresco; cierra la rada una lengua de tierra que defiende el mar de los vientos de Este; toda esa lengua de tierra, igualmente que las colinas circunvecinas, están cubiertas de la mas rica vegetacion; por todas partes se ven plantadas moreras, elevadas de piso en piso sobre terrados artificiales; los algarrobos de sombría verdura y magestuosa copa, las higueras, los plátanos, los naranjos, los granados y otra multitud de árboles y arbustos agenos de nuestros climas, estienden, en todos los puntos de la ribera cercanos al mar, el armonioso velo de sus diversos follages; mas léjos, en las primeras pendientes de las montañas, los bosques de olivos tiñen el pais con su verdura gris y cenicienta; á cosa de una legua del pueblo, empiezan á alzarse las altas montañas de las cordilleras del Líbano, abriendo aquí sus profundas gargantas donde la vista se pierde en las tinieblas de la distancia, derramando allí sus anchos torrentes, que son rios, y tomando diferentes direcciones, unas hácia Tiro y Sidon, otras hácia Trípoli y Latakia, y sus desiguales cimas, perdidas entre las nubes ó blanqueadas por la

(1) Pipas persas mas complicadas que las ordinarias.—N. del T.

multitud de árabes en todo el esplendor de sus brillantes trages y de sus lujosas armas. Véase en él un movimiento tan activo como en los muelles de nuestras grandes ciudades marítimas; multitud de buques europeos estaban anclados junto á nosotros en la rada, y las chalupas cargadas de mercancías de Damasco y de Bagdad, iban y venían sin cesar de la playa á los buques; las casas de la ciudad se alzaban confusamente agrupadas, sirviendo los tejados de unas azoteas á otras; aquellas casas de tejados horizontales, y algunas con balaustradas almenadas, aquellos agimeces dobles, aquellas rejas de madera pintada que los cerraban herméticamente como un velo de los zelos orientales; aquellas copas de las palmeras que parecía que brotaban de las piedras y que se alzaban hasta por cima de los tejados como para llevar un poco de verdura á la vista de las mugeres prisioneras en los harenes, todo aquello cautivaba nuestros ojos y nos anunciaba el Oriente; oíamos el agudo chillido de los árabes del desierto que disputaban en los muelles; y los ásperos y lúgubres gemidos de los camellos que ecshalan gritos de dolor cuando se los hace doblar las rodillas para recibir sus cargas. Ocupados en contemplar ~~en el espectáculo~~ tan nuevo y sorprendente para nosotros, no pensábamos en bajar á nuestra nueva patria; el pabellon de Francia ondeaba sin embargo en la punta de un palo sobre una de las casas mas elevadas de la ciudad, y pare-

cia que nos brindaba á ir á descansar bajo su sombra, de nuestra larga y ardua navegacion.

Pero llevábamos demasiada gente y demasiado bagage para resolvernos á desembarcar ántes de haber reconocido el pais y elegido una casa, si podíamos hallar una. Dejé á mi muger, á Julia y á dos de mis compañeros de viage en el bergantín é hice botar la chalupa el agua para ir á la descubierta.

A los pocos minutos, una hermosa oleada ancha y plateada me echó á la playa, y varios árabes, remangados los pantalones hasta el muslo, me llevaron en brazos hasta la entrada de una calle oscura y rápida que conducia al consulado de Francia. El cónsul, M. Guys, para quien traía cartas, y á quien ví en Marsella, no habia llegado todavía á su destino; hallé en su lugar M. Jorelle, agente del consulado y dragoman de Francia en Siria, jóven cuya agraciada y bondadosa fisonomía nos previno en su favor, y cuyas bondades con nosotros, durante nuestra larga residencia en Siria, justificaron aquella primera impresion. Ofreciónos una parte de la casa del consulado para primer asilo, y nos prometió hacer buscar una habitacion en las cercanías del pueblo, donde podíamos sentar nuestros reales. En pocas horas, las chalupas de varios buques y los esportilleros de Berut, bajo la vigilancia de los genízaros del consulado, acabaron de de-

todos los informes mutuos que podian importarnos, se habló de poesía: Madama Jorelle me pidió que le hiciese oír algunos trozos de poesía francesa, y nos tradujo algunos fragmentos de poesía de Alepo. Díjele que la naturaleza es siempre mas poética que los poetas, y que ella, en aquel momento, á aquella hora, en aquel hermoso sitio, á la luz de la luna, con aquel trage estrangero, con aquella pipa oriental en la mano, y aquel puñal con mango de diamantes en la cintura, era un objeto de poesía mas bello que todos los que habiamos recorrido con el pensamiento,—y como me respondiese que le seria muy agradable tener un recuerdo de nuestro viage que enviar á su padre, á Alepo, en algunos versos hechos para ella, me retiré un momento y le presenté los versos siguientes, que no tienen mas mérito que el sitio en que fueron escritos y el sentimiento de gratitud que me los inspiró.

¿Tú? ¿tú á mi númen le pides
 Incienso de poesía?
 ¿Tú á los vientos del desierto,
 Hija de Oriente, nacida,
 Flor de Alepo, ~~de Alepo~~ (1)
 A todas preferiria,
 Para ecshalar en su cáliz

(1) Nombre del ruiseñor en Oriente.

Sus lánguidas melodías?
 ¿Se le vuelve su fragancia
 Al bálsamo que la espira?
 ¿Que le den rayos de luz
 La alba oriental necesita,
 O el nocturno firmamento
 Estrellas de oro infinitas?
 No, no hacen falta aquí versos;
 Mas si tu mirada aspira
 A contemplar lo mas bello
 Que tiene la poesía,
 En el agua de esa fuente (1)
 Contémplate tú à tí misma;
 ¡No tiene imágen el verso
 Que con tu beldad compital!
 Cuando de noche, del kiosko
 Junto á la enrejada ojiva,
 Que da á la luz de la luna
 Paso y al aura marina,
 Te sientas en las esteras
 Esmaltadas en Palmira,
 Do humea el amargo moka
 En labradas marcelinas:
 Cuando tu mano á tus labios
 Entreabiertos apriesina
 Ese tubo de jazmin

(1) Todos los patios de las casas en Oriente tienen un surtidor de agua en medio y un pilon de mármol.

Que aureos flecos atavían,
 Y aspirando los aromas
 De las rosas purpurinas,
 Haces murmurar el agua
 En el fondo de tu pipa:—
 Cuando la ondeante nube,
 Que te cerca y te acaricia
 Con sus fragantes vapores,
 A enagenarte principia,
 Y los lejanos ensueños
 De nuestras antiguas dichas,
 Se nos figura que nadan
 En el aire que respiras;
 Cuando del árabe errante
 La ardiente yegua nos pintas,
 Tascando el freno espumoso
 Bajo tu mano de niña,
 E igual el oblicuo rayo
 Que tus bellos ojos vibran,
 El dulce y ardiente rayo
 De su triunfante pupila;
 Cuando en tu brazo arqueado,
 Cual asa de urna antigua,
 Tu frente meditabunda
 Dulcemente se agita,
 Y del astro de la noche
 Bajo la vislumbre viva,
 Del puñal que al lado ciñes,
 Los puros diamantes brillan,

No hay nada, nada en los sonos
 Con que los hombres se esplican,
 Ni de los bardos, cual yo,
 En la frente pensativa;
 Nada en los tiernos acentos
 Que un alma pura suspira,
 Tan poético y tan bello,
 Cual tú, bellísima Siria:
 Ya pasé la edad feliz
 En que la flor de la vida
 El amor, se abre en el alma,
 Y la perfuma y reanima;
 Ya mi corazon no tiene
 En mi pecho que la admira,
 Mas que un rayo sin calor
 Para la beldad divina;
 Ya por el tiempo entibiado,
 Su amor en la arpa se cifra.—
 Mas en mi edad juvenil,
 Cuántos versos dado habria,
 ¡Ah! por una sola de esas
 Ondeantes nubecillas,
 Que lentamente se ecshalan
 De tu boca distraida,
 O por un beso mi dedo
 La hechicera forma fija,
 Que un invisible pincel
 Encierra en oscuras líneas,
 Cuando la luz de la luna

Que de lleno te ilumina,
Sobre la pared, en sombra,
Tu gallardo talle imita.

No acertábamos á arrancarnos á aquella primera escena de la vida árabe; en fin, fuimos por primera vez, al cabo de tres meses, á descansar en camas y á dormir sin temor de las olas (1). Un viento impetuoso bramaba en el mar, sacudia las paredes de la alta estancia en que estábamos acostados, y nos hacia sentir mas deliciosamente lo que vale una morada tranquila despues de tantas sacudidas. Yo pensaba con indecible placer que Julia y mi muger estaban ya, en fin, por mucho tiempo á cubierto de todo peligro, y combinaba en mi acalorada fantasía los medios de prepararles una residencia agradable y segura miéntras yo proseguia mi viage por estos sitios que al fin tocaban mis piés.

(1) Ligeró descuido del autor, en no acordarse que se detuvo algunas noches en Malta, en Aténas, en Rodas y en Chipre, segun resulta de su diario. Sin duda quiso decir que por primera vez descansaba libre de todo cuidado, y del afán de ser este epíteto de feliz á causa de la fertilidad de sus cercanías, de su incomparable clima y de la magnificencia de su situacion. La ciudad ocupa una graciosa colina que descende en suave

7 de Septiembre, 1832.

Me he levantado con el alba, he abierto la persiana de madera de cedro, única cerradura de las alcobas en este hermoso clima, y he echado mi primera mirada sobre el mar y sobre la brillante cordillera de las costas que se estienden, rodeándose desde Berut hasta el cabo de Batrun, á mitad del camino de Trípoli.

Jamas vista alguna de montañas me ha producido una impresion semejante. El Líbano tiene un caracter que no he hallado en los Alpes ni en el Taurus; es la mezcla de la imponente sublimidad de las líneas y de las cumbres, con la gracia de los promenores y la variedad de las tintas; es una montaña solemne como su nombre; son los Alpes bajo el cielo del Asia, hundiendo sus aereas cimas en la profunda serenidad de un eterno resplandor. Parece que el sol reposa eternamente sobre los ángulos dorados de aquellas crestas; la blancura deslumbradora de que las impregna, se deja confundir con la de las nieves que duran hasta en el rigor del verano sobre la repersucion del sol, se parecen á nuestros Alpes cubiertos de nieves eternas.

El muelle de Berut, que las olas lavan sin cesar, y á veces cubren de espuma, estaba lleno de una

pieza á declinar, para dejar al monte Tauro echar sus raíces en las llanuras de Alejandreta.

Unas veces las cordilleras del Líbano se alzan casi perpendicularmente sobre el mar, con pueblecillos y grandes monasterios suspendidos sobre sus precipicios, otras se separan de la playa, forman inmensos golfos y dejan verdosas marcas ó linderos de arena dorada entre ellas y las olas. Numerosas velas surcan aquellos golfos y van á abordar á las muchas radas que hay en la costa. El mar presenta allí la tinta mas azul y sombría, y aunque casi siempre hay marejada, las olas, que son grandes y anchas, ruedan formando vastos pliegues sobre las arenas y reflejan las montañas como un espejo sin mancha: aquellas olas derraman por todas partes en la costa un murmullo sordo, armonioso, confuso, que sube hasta bajo la sombra de las vides y de los algarrobos, y llena las campiñas de vida y sonoridad. A mi izquierda, la costa de Berut era muy baja, y la formaba una continuidad de pequeñas lenguas de tierra alfombradas de verdura y defendidas de las olas solamente por una línea de peñascos y arrecifes cubiertos casi todos de ruinas antiguas. Mas léjos, colinas de arena roja como la de los desiertos de Egipto, sorprendente para nosotros, no pensábamos en bajar á nuestra nueva patria; el pabellon de Francia ondeaba sin embargo en la punta de un palo sobre una de las casas mas elevadas de la ciudad, y pare-

tre sus troncos diseminados, va à descansar en las laderas de otra cordillera del Líbano, y hasta en el promontorio avanzado en que estaba fundada la ciudad de Tiro (Hoy Sour).

Cuando me volvía hácia el lado opuesto al mar, veia los altos minaretes de las mezquitas, como columnas aisladas, alzarse en el aire azul y ondeante de la mañana; las fortalezas morunas que dominan la ciudad y cuyos muros rajados dan raiz a un bosque de plantas rastreras, de higueras silvestres y de alelíes; luego los almenages ovalados de las murallas; luego las cimas iguales de los campos plantados de moreras; aquí y allí los techos horizontales y las paredes blancas de las quintas ó de las cabañas de los ganaderos sirios; y en fin, mas allá las convadas praderas de las colinas de Berut, bases todas de pintorescos edificios, de conventos griegos, de conventos de maronitas, mezquitas turcas, y alfombradas de follage y de espacios cultivados como las mas fértiles colinas de Grenoble ó de Chambéry. Por fondo de todo esto, siempre el Líbano; el Líbano que toma mil curvas, que se agrupa en gigantescas moles, que derrama sus grandes sombras ó hace relumbrar sus altas nieves sobre todas las escenas de aquel horizonte.

mas del pueblo, donde podriamos sentar nuestros reales. En pocas horas, las chalupas de varios buques y los esportilleros de Berut, bajo la vigilancia de los genizaros del consulado, acabaron de de-

La misma fecha.

He pasado el dia entero recorriendo las cercanías de Berut, y buscando un sitio de reposo para establecer en él una casa.

He alquilado cinco casas que forman un grupo, y que reuniré por medio de escaleras de madera, galerías y pasadizos. Aquí cada casa no se compone mas que de una cueva que sirve de cocina, y de una pieza en donde duerme toda la familia, por numerosa que sea: en un clima como este, la verdadera casa es el tejado construido en forma de azotea: allí es donde las mugeres y los niños pasan el dia, y muchas veces la noche. Delante de las casas, entre los troncos de algunas moreras ó de algunos olivos, el árabe construye un fogon con tres piedras, y allí es donde su muger le hace la comida: se tiende una estera sobre un palo que va desde la tapia de la casa hasta las ramas del árbol, y debajo de aquel sotechado se evacuan todos los quehaceres. ~~Las mugeres y los niños~~ su hermosura, enteramente oriental.

Quando llegó la noche, nos sirvieron una cena à la europea, en un kiosko cuyas anchas ventanas

otras, como en nuestros lugares del mediodía; los domingos por la mañana, se reunen las muchachas en las puertas de las cabañas.

La misma fecha, por la tarde.

Todo el dia se ha empleado en descargar el bergantín y en llevar de la ciudad à nuestra casa de campo los bagages de nuestra caravana. Cada uno de nosotros tendrá su cuarto: un ancho campo de moreras y de naranjos se estiende al rededor de las cinco casas reunidas, y ofrece à cada uno algunos piès de terreno para pasear delante de la puerta, y un poco de sombra para respirar. He comprado esteras de Egipto y alfombras de Damasco, para que nos sirvan de camas y de divanes. He hallado carpinteros árabes muy activos y diligentes que ya han puesto manos à la obra para hacernos puertas y ventanas, y esta noche irémos ya à dormir en nuestra nueva habitacion.

8 de Septiembre 1832.

Despues de haber hablado cien veces de la patria y citado todos los nombres de sitios y de personas que un recuerdo comun podia hacer interesantes para nosotros; luego que nos hubimos dado